

---

# 25° ANIVERSARIO DE LA FACULTAD DE PSICOPEDAGOGIA: ACTO ACADEMICO

---

El día 6 de noviembre de 1981 se llevaron a cabo los actos conmemorativos del 25° aniversario de la fundación de la que hoy es la Facultad de Psicopedagogía.

En primer término se ofició una Misa de Acción de Gracias en la Iglesia de Casa de Jesús, Corrientes 4471, donde está la sede de esta Facultad. Seguidamente, se efectuó un Acto Académico y los festejos culminaron con un vino de honor. Las ceremonias contaron con la participación de altas autoridades de la Universidad, Ex-Directores y Ex-Decanos de la Facultad, y una nutrida concurrencia de profesores fundadores, de las primeras épocas y de la actual, graduados y alumnos. Los actos se desarrollaron en medio de un clima de unión y cordialidad, de ofrecimiento de gratitudes y de alegría por los reencuentros y las confrontaciones.

El Acto Académico siguió la línea tradicional de nuestra Universidad, fue breve pero significativo en sus contenidos. La conducción del mismo estuvo a cargo de la Señora Secretaria Académica, Profesora María Isabel Oliver de Leloutre.

La Señora Decana de la Facultad, Profesora Elsa Juana Bousquet, hizo uso de la palabra en primer término y se refirió al sentido de la trayectoria realizada a la luz de una clara cosmovisión y un estilo de vida en el que la disciplina espiritual y mental, así como la perseverancia y la humildad fueron las notas características de la tradición docente transmitida tan eficazmente por los sacerdotes de la Compañía de Jesús y por los laicos que los secundaron. Señaló la responsabilidad de ser custodios de ese valioso legado hecho por SAN IGNACIO DE LOYOLA, enriquecido a través de los siglos por arduas luchas,

tareas y estudio, que marcan el sentido de la docencia, del educar y del aprender en nuestra Universidad: el educar con el ejemplo, y del fin esencial de la educación "el desarrollo de la persona en el respeto a la dignidad humana". Así, hizo referencia a las últimas enseñanzas vertidas, en este sentido, por el R.P. Dr. Ismael Quiles S.J. en el último Congreso Iberoamericano de Educación de ese año con respecto a los niveles de personalización y los modelos de las vías idóneas para desarrollar mejor la persona esencial, para que el ser humano esté más en sí. "Cuando el hombre está fuera de sí, decía el Padre Quiles, se aleja de su dignidad humana, es menos persona". Desde esta perspectiva es que la responsabilidad de la docencia y de la función directiva en la Universidad del Salvador, donde es un deber enseñar y educar primero con el ejemplo, adquiere su

especial dimensión y su tradicional estilo. Estar en sí para enseñar a estar en sí, para enseñar el autocontrol y a elegir libremente este camino que es al mismo tiempo esfuerzo personal y donación al otro en lo mejor que se tiene de sí. Concluyó agradeciendo a Dios y pidiendo a San Ignacio de Loyola inspire siempre la tarea directiva y docente para seguir dando "Ciencia a la mente y virtud al corazón."

A continuación, e invitado especialmente a tal fin, el Doctor Antonio Luciano Muñoz, Ex Director del "Instituto de Psicopedagogía" y graduado en nuestra Universidad en las primeras promociones de psicopedagogos, hizo uso de la palabra y manifestó también su homenaje a los fundadores de la institución y a los pioneros de la Psicopedagogía que difundieron esta disciplina en el país y que promovieron los campos de trabajo del psicopedagogo. Así, reseñó las experiencias de la que se designó como "psicopedagogía itinerante, una suerte de espíritu de peregrinación" de la Psicopedagogía de los primeros tiempos, que significó por ejemplo, el viaje de un grupo de graduados de la especialidad en 1962 a Entre Ríos, presencia "requerida por una comisión de padres movilizada por la inquietud de jóvenes y bajo el patrocinio del Colegio Nacional del lugar...". Comentó el Dr. Muñoz que se realizó en esa oportunidad una tarea de Orientación Vocacional al más puro estilo psicopedagógico, es decir, como proceso educativo de conjunto entre jóvenes, padres, docentes y psicopedagogos que colaboraron y acompañaron a los jóvenes en el camino hacia "la responsable elección del qué querer ser y qué querer hacer, esto sucedió hace 19 años". También recaló que tanto en las actitudes profesionales como en las metodologías de los psicopedagogos de la Universidad del Salvador se ve un estilo de vida aprendido en las aulas. Relató también las experiencias en Salta, Córdoba, Corrientes, en instituciones privadas, en la Facultad de Odontología de la UBA donde un grupo de psicopedagogos condujeron el área psicopedagógica del curso de admisión, en lo que respecta a asesoramiento, orientación y asistencia. "Cuánto esfuerzo

para esclarecer, para dar a conocer la psicopedagogía. Por otra parte, la honestidad en la función, el amor que se volcaba en cada una de las actividades en las diferentes instituciones dio como resultado una continuidad de jerarquía que enaltecía a aquéllos y al Instituto de Psicopedagogía de la Universidad del Salvador". Destacó también que, como se dijo en abril de 1968 en el Acto de Colación de Grados, "El psicopedagogo no es un psicólogo que educa, es un educador con profundos conocimientos pedagógicos y psicológicos del educando y que con una visión clara de los valores aplica su labor especializada oportuna y adecuadamente". Finalizó agradeciendo a "autoridades, a los que estuvieron, a los que ya no están y que siempre están presentes, a los que en diferentes cuantías y por diferentes medios colaboraron para fortalecer nuestra FE y nuestra esperanza, ofreciendo el amor sin medida de los que sirven para mayor GLORIA de DIOS y de la VIRGEN SANTISIMA".

También fue invitada especialmente por las autoridades a hacer uso de la palabra la Profesora, Licenciada María Graciela Firpo de Iribarne, prestigiosa psicopedagoga argentina graduada en nuestra Universidad, autora de importantes trabajos científicos y pionera en esta actividad psicopedagógica en el sur de Córdoba. Transcribimos sus palabras:

"Señorita Rectora de la Universidad del Salvador, señorita Vice Rectora Académica, señora Decana de la Facultad de Psicopedagogía, ex autoridades de esta Casa de estudios, otras autoridades presentes, ex profesores, señoras y señores: Cuando me honraron pidiéndome que me hiciera cargo de decir estas palabras, sentí una mezcla de deseo y de temor. Sabemos que el temor es una de las tantas formas de expresar el deseo. Debo reconocer entonces, que acepté con muchos deseos de ser uno de los portavoces de los psicopedagogos graduados en la Universidad del Salvador. Incluso, supe que quería hablar, y surgió un esbozo del tema la misma noche del día en que me invitaron. Pero de todas maneras intenté un diálogo con otros psicopedagogos graduados en esta Facultad como una manera de asegurar la representatividad de mis palabras. He consultado graduados de entre los años 60 y 70, preguntándoles sobre qué tema les parecía importante desarrollar en una oportunidad como esta. Todos acordaron en una respuesta, debería hablar sobre qué es la psicopedagogía, y sobre cuál es la

identidad profesional del psicopedagogo.

Muchas veces hasta me ha creado un cierto disgusto esta actitud nuestra de hablar una y otra vez de un tema que por tan evocado resulta remanido. Pero tengo que confesarlo, a mí también se me había ocurrido lo mismo. Nuevamente, entonces, escucharán Uds. algunas consideraciones sobre qué es la psicopedagogía y cuál es la identidad del psicopedagogo.

El hecho de reflexionar una y otra vez sobre el rol del psicopedagogo puede ser interpretado no como un acto casual sino como síntoma de una situación subyacente. Abocarnos una y otra vez a lo mismo, encubre y descubre un conflicto referido a la configuración de nuestra identidad profesional.

Cuando en 1956 la Compañía de Jesús creó la carrera de psicopedagogía fue con una notable visión de futuro, hizo gala de una capacidad de anticiparse a los tiempos, propia de la lucidez que tradicional y justamente es atribuida a la Congregación. Corroborando el aserto, la comunidad en general requirió prontamente el trabajo de los nóveles graduados de aquél entonces. Cuando digo la comunidad me refiero a padres, escuelas, hospitales, a los que requerían respuestas psicopedagógicas sin tener conocimiento de la cualidad específica del acto psicopedagógico, conciencia que sí podía tener acerca de otros profesionales más antiguos, como sería el acto de un médico, de un abogado. La demanda pues, fue masiva como lo dijo el Dr. Muñoz, y también indiscriminada.

Nosotros, los sujetos que ejercíamos esa nueva carrera fuimos formados por profesionales entre los que, naturalmente, porque era una carrera nueva, pocos efectuaban tareas de tipo psicopedagógico. Por lo tanto, en un principio, debo decir que tampoco nosotros teníamos conciencia de la cualidad del acto psicopedagógico, y nuestra capacidad de dar una respuesta adecuada a los problemas que se nos planteaban era insuficiente. El ejercicio de nuestra profesión, dada la intensidad de la demanda que se nos presentaba como un estímulo excesivo, y nuestras dificultades como profesionales, se constituyeron así en un acontecimiento cuyas características satisfacen la definición de situación conflictiva. Sin embargo la reorganización de la carrera, la expansión de la misma, el hecho mismo de que estemos aquí congregados, son indicadores de nuestra capacidad para resolver adecuadamente las situaciones, proceso que no puede dejar de ser lento y laborioso.

La experiencia de estos años ha permitido que se configure con más precisión el campo de trabajo de la Psicopedagogía, al mismo tiempo que se pusieron de relieve los marcos teóricos de referencia del quehacer psicopedagógico.

Revisando la reseña histórica de la trayectoria de la carrera, confirmo mi impresión de que son varios los ámbitos en que se puede ejercer la psicopedagogía y serán entonces diferentes las teorías a las que recurriremos.

Entre quienes nos dedicamos a la psicopedagogía clínica y a la formación docente, las teorías que se refieren por un lado al desarrollo de la inteligencia y por otro a los dinamismos psicológicos que sustentan su funcionamiento, surgen como prioridades indispensables. Habiéndome especializado en ese campo mis restricciones se apoyaron en la confluencia entre las teorías mencionadas.

Podemos preguntarnos en qué consisten las prioridades profesionales en general. Cuando se requiere la actuación de un profesional es porque se percibe la necesidad de modificar una situación determinada. Esta conciencia de la necesidad se expresa como un deseo de cambio que comparten el consultante y el consultado. El profesional recurre a la teoría que conoce pero la teoría no puede ser recortada y proyectada sin más, porque como las situaciones nunca son idénticas, la teoría debe ser reelaborada en forma adecuada y diferente para cada vez. La vastedad de la teoría, la profundización de la investigación y la reflexión constante sostienen la capacidad de un profesional para encontrar una gama variada de respuestas. Se requiere por un lado la capacidad de reflexionar acerca de la teoría y por el otro la capacidad de instrumentarla teniendo en cuenta las distintas variables.

Desde el punto de vista de su dinamismo, el acto profesional puede ser entendido como el sentir de la acción de pensar, como una expresión de la capacidad de encontrar en la realidad el objeto apropiado para satisfacer la necesidad. La energía psíquica, en un principio, tiende a descargarse inmediatamente en fantasías que no admiten la vivencia de frustración y al mismo tiempo no conducen a la satisfacción de la necesidad. La capacidad de pensar corresponde a un tránsito entre la ilusión y la ejecución. Representa la capacidad de convertir en reales los objetos soñados, implica la posibilidad de desligarse de esos objetos soñados, asimismo significa tolerar la frustración que corresponde al darse cuenta de una necesidad insatisfecha.

En los actos de pensamiento que caracterizan el quehacer profesional, la teoría corresponde a un nivel ideal y debe concretarse siempre de manera diferente. Vivir esos actos implica una alta capacidad de desligarse y religarse una y otra vez con la teoría, asimismo una alta capacidad de tolerar la tensión que caracteriza el proceso y la frustración que corresponde al reconocimiento de los errores que se pueden deslizar en el transcurso de la tarea.

Analicemos la tarea profesional desde el punto de vista de la estructuración del pensamiento. Un acto de pensamiento es siempre una reorganización de las estructuras para responder a una situación dada. En el quehacer profesional el planteamiento de un problema significa un desequilibrio entre el individuo y el medio. El proceso de equilibración que se genera representa una respuesta que utiliza la teoría adaptándola a las necesidades que la situación demanda satisfacer. Entendiendo el acto de pensar como un diálogo entre el

individuo y el medio es comprensible que el error tenga un papel estructurante con respecto al pensamiento. En efecto, considerarlo obliga a un replanteo de las propias hipótesis que contribuye al enriquecimiento de las estructuras. Agregaríamos, incorporando el punto de vista dinámico, que para que el error adquiera la jerarquía de estructurante, debe ser reconocido como tal, con la consiguiente capacidad de soportar la herida en la autoestima que ello implica.

Ser capaz de actos profesionales implica el mantener vigente la disponibilidad para aprender, ya que cada situación a la que nos abocamos nos obliga a una nueva integración de nuestros conocimientos.

Si recordamos la hermosa situación del aprendizaje como una síntesis indefinidamente renovada entre la continuidad y la novedad, podremos reconocer las dificultades profesionales como dificultades de aprendizaje.

Hemos venido definiendo la actuación profesional en función del intercambio en que se integran lo subjetivo y lo objetivo. Desde el ámbito de la psicología dinámica lo hemos definido como la acción de satisfacer una necesidad que nos es planteada, acción que significa transformar la ensoñación en ejecución. Desde estos conceptos se podrían caracterizar dos tipos de problemas de aprendizaje que afectan al profesional. El primero, he dicho que la teoría en su aspecto ideal corresponde a la ensoñación, es mantenerse aferrado a la teoría aislándola del medio y significa mantenerse en un mecanismo egocéntrico que no conduce a modificaciones efectivas del medio, en otros términos, significa mantenerse en una actitud divorciada de la realidad. El lenguaje teórico se transforma en una jerga sin sentido, jerga que permitiría por ejemplo agrupar entre sí a profesionales del mismo campo, que a través de su unión esperan negar su incapacidad de dialogar con el medio. Otro ejemplo de mantenerse aferrado a la teoría por incapacidad de soportar la tensión del intercambio, lo podríamos observar en la redacción de ciertos informes psicopedagógicos por profesionales no psicopedagogos, informes que contienen una cantidad de términos correctos, pero no responden a la inquietud de la persona o institución que solicitó al profesional. El segundo, como contrapartida de esta acción de mantenerse en una ilusión permanente que nos aísla del medio, se observa en la actitud de mantenerse en un mecanismo que se somete al medio sin modificarlo con la propia respuesta creadora, es lo que se nos presenta como un practicismo exagerado que olvida la teoría y corresponde a un empobrecimiento de la capacidad profesional.

Dos características deseo señalar de la tarea psicopedagógica en particular. Una es que se puede desarrollar en muy diversos ámbitos, ello implica que sean diversas las teorías en que se apoyará la acción, y otra, que en cualquier ámbito en que se desarrolle la tarea psicopedagógica, ésta es interdisciplinaria y obliga a compartir tareas con profesionales de otras áreas. Pienso por

lo tanto que la capacidad de integrar lo ideal con lo real, la capacidad de responder a expectativas del ambiente que corresponden a personas que tienen ópticas muy distintas que las de la psicopedagogía, es exigir en alto grado al profesional especializado en este campo. Más de una vez he oído señalar a profesionales de otras áreas, la ductilidad, la capacidad de diálogo que caracteriza a los psicopedagogos en general.

No siempre somos capaces de ejercer el acto profesional en los términos en que acaba de ser planteado. Al principio dije que preocuparnos una y otra vez por la identidad profesional del psicopedagogo correspondía a un conflicto a elaborar. Creo que la posibilidad de elaborarlo tiene que ver con la capacidad de dar respuestas profesionales que sean operativas y específicamente psicopedagógicas, es decir, que provengan de las teorías que hemos elegido como encuadre de nuestra actuación. Creo que la actual organización de la carrera, así como el hecho de que continuamente se esté reelaborando, representa una respuesta profesional óptima de quienes están a cargo de esta Facultad.

He querido considerar estas palabras como un acto profesional, me he apoyado en las teorías que conozco y que marcan mi quehacer. He intentado que mi reflexión sobre la tarea profesional sea una respuesta específicamente psicopedagógica. De esta manera espero dar fe con mi actitud a lo que mis palabras expresan acerca del camino a seguir por el psicopedagogo. Me he referido al pensamiento como un acto que adquiere sentido sólo en función de un contexto, una circunstancia que promueve la actividad intelectual. La actividad del pensamiento tiene un corolario de reflexión consciente pero está constituida por un cúmulo de coordinaciones que no son conscientes, nuestra actitud vital no es ajena a ese cúmulo de coordinaciones.

En la formación universitaria nos encontramos con alumnos exitosos intelectualmente que luego fracasan en su actuación profesional. Ello se debe a que para que la acción adquiera su eficacia plena, su sentido no es sólo racional sino que se entremezcla con aquello que es subjetivo, difícil de definir y que nos refiere al mundo de los afectos, del sistema de valores personales que sustenta la acción.

El acto profesional es uno de los actos que puede ejecutar una persona, dicho de otra forma, somos personas antes que profesionales, la conciencia de ello nos impide convertir la ciencia en dogma. Subordinar lo científico a lo personal permite favorecer que el acto profesional se constituya primordialmente en un encuentro con los otros. Para que ese momento tenga lugar debemos ser capaces de olvidar transitoriamente lo intelectual para retomarlo o partir de la coincidencia o capacidad de identificación en lo personal.

Esta concepción válida para considerar cualquier acto profesional es de importancia relevante para considerar lo psicopedagógico, ya que el objeto de nuestro estudio y trabajo es la persona misma.

Como dije al principio, antes de redactar estas palabras he conversado con colegas graduados en la Facultad de Psicopedagogía de la Universidad del Salvador. La elección de este tema correspondió, en parte, a un deseo explícito en mí de contemplar las sugerencias que se me han hecho. Pero quiero referirles mi sorpresa al reconocer en mi elaboración, vertidos en forma diferente pero similar a la vez, conceptos que me habían ofrecido mis colegas. Creo que esta coincidencia rebasa en mucho el plano de la reflexión consciente y tiene que ver con una formación personal compartida. Siempre he sentido reconocimiento hacia la formación recibida en la Universidad del Salvador por su carácter integral y humanístico. Esta formación que se trasmite a través de las actitudes, de las cuales las palabras son un elemento más, está presente en mis reflexiones, así como en las de los colegas que he consultado. A modo de ejemplo mencionaré que después de haberme decidido a referirme a la psicopedagogía desde el encuadre teórico de la misma, me encontré con un texto del R.P. Ismael Quiles S.J. en el que se refiere a la honestidad del conocimiento científico, diciendo que "el científico debe mantenerse fiel a su manera de aprehender la realidad al expresar sus conocimientos". Las palabras alguna vez escuchadas antes y ya olvidadas estaban presentes en mí como una actitud vital, esta actitud era compartida por muchos profesionales colegas. Creo que la coincidencia se debe en gran parte a nuestro carácter de graduados de esta Universidad. Es la Universidad misma la que a través de los profesores ha contribuido a gestar una actitud vital que sustenta nuestro accionar como profesionales en psicopedagogía. Los graduados en la Universidad del Salvador debemos agradecerle a Dios que nuestra formación haya sido racional y humanística a la vez, incluyendo los sanos preceptos de la concepción cristiana de la vida. Este sentir común al que me he referido se basa en los preceptos incorpora-

dos que ya son parte de nuestro ser.

Esta comunión de ideas que surgen espontáneamente, a la vez diversas y similares, cimentan el entusiasmo con que ejercemos la tarea, justifica el éxito de la Facultad y se expresa en el homenaje que hoy nos reúne.

Aunque importante, este momento en nuestra vida tiene el carácter de un hecho fugaz. En esa fugacidad me apoyo para compararlo con el paso de ciertas estrellas en el cielo. Quiere la tradición que cuando las encontramos formulamos tres deseos. Voy a formularlos utilizando la estrella fugaz como un simple recurso que me permite expresar mi sentir. Un deseo se refiere a los estudiantes que estén presentes y es que mis palabras les hayan servido como motivo que genere nuevas reflexiones, nuevos aprendizajes. Otro deseo se refiere a mis colegas más o menos contemporáneos y es que hayan visto sus inquietudes de alguna manera expresadas en mis palabras. Y el otro se refiere a mis profesores, estas palabras han querido ser una reflexión personal que revele que quien las ha hecho es una profesional especializada en psicopedagogía graduada en la Universidad del Salvador, deseo que los maestros que me han formado vean en mi reflexión el reflejo de su propia obra, deseo que mis palabras se conviertan así en un regalo que exprese, mejor que una fórmula convencional, mi sentido homenaje y agradecimiento. Muchas gracias".

A continuación cerró el acto la Señorita Rectora de la Universidad, Profesora María Mercedes Terrén. Fueron éstas sus palabras:

"Srta. Vice Rectora, Sra. Decana, Sres. Decanos y Delegados Rectorales, Señor Director de las Bibliotecas Populares y querido amigo Profesor Oliver, Ex Directores y Decanos de la Facultad de Psicopedagogía,

y profesores de esta Facultad. Se ha reiterado la palabra gratitud y es verdad que es la flor más difícil de cultivar en la educación. Creo que también Dante en la Divina Comedia coloca en el último círculo a los ingratos, por eso la Universidad del Salvador al iniciar sus festejos de los 25 años, que va transitando también ahora en forma itinerante por cada una de sus unidades académicas, ha querido ante todo agradecer por supuesto a Dios, así como debemos agradecer como primer don, y creo que lo olvidamos siempre o lo agradeceremos no lo suficientemente bien, el don de la vida. Debemos agradecer el don de la vida institucional, también la nacional y del concierto de todas las naciones porque es la voluntad de Dios. Luego, nuestro agradecimiento a los fundadores. Sabemos que fueron fundamentalmente, como también lo ha dicho la Sra. Decana, el Dr. Muñoz y la sra. graduada Firpo de Iribarne, los sacerdotes de la Compañía de Jesús. Debemos agradecerles por supuesto en primer término, pero no nos tenemos que olvidar que la alentaron laicos, que la ayudaron laicos, y que los padres de la Compañía de Jesús, que como ya lo he dicho, la pensaron, la amaron, la sintieron y la soñaron, se vieron acompañados por este grupo de profesores y también por el entusiasmo de la juventud, es decir por los alumnos que son siempre los que más movilizan a los educadores y a los directivos. Así que hoy, y en nombre de la Universidad del Salvador quiero decir gracias a los que fundaron esta Unidad Académica, sacerdotes y laicos. No voy a nombrar a ninguno porque no me quiero olvidar de ninguno. De todas maneras sean Uds. transmisores, Uds. que han vivido esta Unidad Académica en distintas funciones, porque esta Universidad del Salvador por ser Universidad de JESUCRISTO no puede ser desagradecida con nadie. Gracias en nombre de la Universidad del Salvador por haber posibilitado la existencia de la Facultad de Psicopedagogía. Nada más".